

## RESEÑAS

Riding Alan, **Distant neighbors. A portrait of the mexicans.** Nueva York, Alfred A. Knopf, 1985, 386 pp.

Presentado por sus editores, y por Carlos Fuentes y Anthony Lewis como un libro definitivo sobre las realidades mexicanas, el trabajo de Alan Riding obliga a una lectura cuidadosa, prudente y, sobre todo, alejada de los pruritos nacionalistas, los sobresaltos y los disgustos producidos por el hecho de que el autor sea un extranjero con una visión del porvenir de México tan desesperanzada y tenebrosa. Esta disposición de ánimo es absolutamente necesaria para enfrentarse a un libro escrito con conocimientos parciales de la realidad del País, habilidad y agudeza, información malamente procesada, disgusto e indigestión de teorías discutibles y, con frecuencia, fantasiosas.

Para intentar un análisis de la "psicología de lo mexicano", Riding recurre a los puntos de vista de algunos antropólogos franceses y de los escritores mexicanos: Samuel Ramos, José Vasconcelos, Octavio Paz y Carlos Fuentes; y toma las especulaciones de éstos como verdades absolutas, para configurar una teoría carente de bases científicas y plagada de estereotipos y de lugares comunes. Con una mezcla de las opiniones de los mencionados escritores y antropólogos, Riding insiste en la notable peculiaridad del comportamiento social e individual de los mexicanos, atribuyéndola a la supervivencia de pulsiones inconscientes que, según él, explican la mayor parte de los acontecimientos de nuestra historia. Utiliza, de una manera esquemática, los métodos freudianos, para decretar que el trauma de la Conquista, simbolizado por la figura paterna, Hernán Cortés, violador de la madre indígena encarnada en La Malinche, preside todos nuestros actos. De esta manera, Riding asegura que mientras en los "países civilizados" la historia es una lección asumida e integrada conscientemente para formar una identidad nacional, en el caso de México es una presencia mágica y ancestral, encerrada en la caverna de un inconsciente sin control y siempre acechante. Es ella la guía de la conducta del País y ella marca las formas de proceder de sus nacionales. De esta teoría se desprende una inadmisibles conclusión: los mexicanos poseen una originalidad tan acusada y un inconsciente colectivo e individual tan debilitado que para estudiar sus realidades cotidianas no son útiles ni los métodos de las ciencias sociales, económicas y políticas, ni los análisis de los fenómenos culturales, de las relaciones de producción o de los conflictos de clase.

Hay que volver los ojos a su pasado, a sus dioses primitivos, a sus traumas históricos, para encontrar los elementos intangibles que presionan su inconsciente y condicionan todas sus reacciones. En suma: el País entero padece una especie de esquizofrenia, y los mecanismos de la razón han sido derrotados. Así, México nunca reconoció al régimen franquista, pues veía en el dictador la figura emboscada de Hernán Cortés; los conflictos de 1968 se explican por la supervivencia de los bárbaros atavismos provenientes de la cultura presidida por "Huilobos" y sus errores, deficiencias, aciertos y escasas virtudes son el producto de esas todopoderosas condicionantes históricas.

Me he visto obligado a referirme a estos aspectos del libro debido a que, según lo afirma Carlos Fuentes, se trata de una obra "que enseña a los estadounidenses muchas cosas acerca de la complejidad y de las diferencias de su país vecino". Una afirmación tan enfática hace necesaria una réplica tajante: ninguno de los planteamientos de Riding es realmente novedoso. La mayor parte son glosas, más o menos adobadas, de viejas teorías y comentarios sobre especulaciones semimetáforicas ya totalmente superadas, tanto por las ciencias humanas como por el periodismo riguroso.

Antes de seguir adelante debo advertir que el libro de Riding tiene un marcado carácter periodístico. Por esta razón puede ser considerado como superficial y demasiado ambicioso en su afán de abarcar todos los aspectos de la vida pasada, presente y futura del País. Obviamente... un trabajo con estas características se mueve en la superficie de los fenómenos y sus hipótesis son apresuradas o, por lo menos, precariamente fundadas. El método seguido por Riding se basa más en los rumores, chismorreos y especulaciones que circulan en los bares frecuentados por periodistas, las tertulias en casas de políticos, empresarios y artistas, y los pasillos y cubículos de las instituciones académicas. Sus referencias a documentos, declaraciones o discursos son muy escasas y sus más socorridas fuentes de información son: *reliable estimates*, *a presidential spokesman*, *in private* y *widely*. Estos datos son indicativos de su método que, por otra parte, es el utilizado por muchos periodistas y resulta totalmente inadmisibles para los estudios políticos, económicos, sociológicos y antropológicos. Presentar este libro como *the first full-*

*length examination of Mexico in decades*, constituye una exageración por parte de sus editores, explicable por el deseo de incrementar las ventas, cosa que no lograrían si lo presentaran en su verdadera dimensión que es la de un trabajo de tipo periodístico, un conjunto de observaciones —algunas de ellas, inteligentes y bien fundadas— sobre la vida de un país que ha sido objeto de muchos y muy controvertidos estudios elaborados por turistas, viajeros, académicos, periodistas y literatos extranjeros.

Durante la presentación del libro, celebrada en la biblioteca del *Wilson Center* de la Ciudad de Wáshington, Riding inició su diálogo con Lorenzo Meyer, con una afirmación que refleja, en buena medida, su método de aproximación a la realidad de nuestro país: al referirse a la validez actual de los puntos de vista expresados en su libro, admitió la posibilidad de que algunos de ellos pueden ser considerados ya como obsoletos y aseguró que no podía dar datos precisos sobre el actual momento del País, pues desde hace tres meses, está ausente y, por lo tanto, no ha podido “observar los movimientos de las hormigas sobre la mesa”. Así, con un criterio más bien de tipo entomológico, Riding observa a los insectos más orientales que occidentales que habitan un país pintoresco y monstruosamente original. Este método lo lleva a elaborar verdaderas perogrulladas; las más notable es la siguiente: “Los mexicanos se entienden entre sí con facilidad. Lo hacen valiéndose de códigos secretos —costumbres, lenguaje y gestos— aprendidos inconscientemente desde la infancia, aceptando la consistencia de sus inconsistencias como parte de un esquema establecido que se limitan a repetir”. ¿No pasa lo mismo con los italianos, franceses, rusos o salvadoreños? ¿Se olvida Riding de que todos estos datos constituyen viejas realidades antropológicas y culturales comunes a todos los miembros del grupo zoológico humano y que provienen de las pautas culturales dominantes y de las morales sociales en vigencia?. En la presentación de su libro en Wáshington, al contestar una pregunta formulada por uno de los asistentes, se retractó, en parte, de sus afirmaciones sobre el carácter oriental de los mexicanos y ratificó su idea de que México no pertenece al mundo occidental. Este hecho hundió al autor de esta reseña en la perplejidad más absoluta, pues ahora resulta que no somos ni occidentales ni orientales. Tal vez (y esto se acerca más al tono que subyace en el método de Riding) podamos averiguar las razones de nuestra anormalidad estudiando el comportamiento y las reacciones de otros grupos de la escala zoológica.

Estos datos me permiten sospechar que el libro de Alan Riding no es el “definitivo” ni el “clásico” sobre cuestiones mexicanas. El análisis de los antecedentes culturales de un país es indispensable para entender algunas de las realidades de su presente, pero atribuir a las cargas inconscientes del pasado la mayor parte de las características nacionales resulta, por muchos conceptos, fantasioso y carente de rigor, tanto como el limi-

tarse al estudio de los datos concretos e inmediatos de la vida política, social y económica de un país, ignorando las sutiles presencias del pasado cultural implícitas en la atmósfera espiritual que cubre a sus habitantes.

Por último, y antes de entrar a los análisis particulares del libro de Riding, debo referirme a sus ideas respecto a la singularidad y al exacerbado nacionalismo de los mexicanos. Anteriormente he insistido en la crítica de los lugares comunes que sobre nuestra “singularidad” se han acumulado a lo largo de los siglos XIX y XX. Esta gran cantidad de literatura sobre México, irónicamente se ha convertido en uno de los principales obstáculos para su comprensión. Riding, al igual que otros muchos escritores y periodistas ingleses, franceses y estadounidenses, ha leído con excesivo candor las especulaciones de algunos fantasiosos mexicanos y esto lo ha llevado a conclusiones estrambóticas o, por lo menos, discutibles. Olvida que la Revolución de 1910 tuvo como principal motivo la recuperación de los derechos electorales cancelados por la dictadura de Díaz y que el movimiento zapatista propugnaba reivindicaciones sociales, políticas y económicas muy claras y precisas. Estos hechos históricos son anteriores a la Revolución Soviética y, por lo mismo, configuran la imagen de la primera revolución del siglo XX. La lucha por el establecimiento de la democracia y el mejoramiento de las condiciones socioeconómicas encaja, sin lugar a dudas, en el marco de la historia del Occidente. Por esta razón, nuestro país no sólo queda perfectamente encuadrado dentro de esa historia sino que fue protagonista de uno de los momentos esenciales para la formación del mundo moderno.

Por otra parte, el nacionalismo ha hecho afirmar a todo pueblo moderno su identidad cultural y México no es la excepción. Nuestro nacionalismo no ha sido ni es una manifestación del deseo de aislarnos de la comunidad internacional para evitar influencias y contaminaciones. Todo lo contrario. A diferencia de muchos pueblos, los mexicanos siempre hemos reafirmado nuestra voluntad de formar parte de la comunidad internacional.

Somos singulares en muchos aspectos, pero no excéntricos, nuestra identidad cultural mezcla elementos diversos y pone cotidianamente a prueba su fuerza y solidez. No puede hablarse, en consecuencia, de una singularidad irreductible cuyos muros están hechos de presencias mitológicas y de monstruos del inconsciente. Esto ya ni siquiera es útil para la trivial propaganda turística. Puede hablarse de una singularidad comprensible tanto para los occidentales como para los orientales. Esta comprensión, más que las alegres especulaciones mágicas o suprarrealistas, ayudará a la razón y al juicio moral.

He dicho en párrafos anteriores que el libro de Riding es, fundamentalmente, un trabajo periodístico. Tal vez a esto se deban sus notables hallazgos, producto de una capacidad de observación y de largas y bien orientadas charlas con miembros de las élites políticas y económicas de México, pero, también, a esto obedece el hecho de que algunas afirmaciones carezcan de fundamento

y se basen más en rumores y chismorreos que en acciones ampliamente documentadas e interpretadas.

Sorprende constatar la pésima opinión que, sin matices de ninguna especie, tiene Riding respecto al sistema político mexicano. Utilizando esquemas europeos (método que reprocha a otros periodistas e investigadores) describe un panorama ocupado por el cinismo, la conveniencia personal, la corrupción, la picardía y la mala fe. No se le ocurre que en el seno del "sistema" pueda darse alguna manifestación de verdadera voluntad de servicios y de buena fe. En la página 79 hace la crítica del "dedazo" y asegura que todos los políticos mexicanos son jefes de sus feudos, pero siervos del Presidente. Describe este fenómeno como característico del Gobierno mexicano, olvidando deliberadamente que se presenta en todos los sistemas presidencialistas y que es, en última instancia, un rasgo común del género humano. Estas afirmaciones se repiten a lo largo del libro ensombreciendo las pretensiones de objetividad constantemente manifestadas por su autor.

No se puede negar que Riding conoció a fondo muchos aspectos de la vida de México y que es notable su habilidad para escuchar e interpretar los rumores de pasillo, cubículo y oficina gubernamental. Sin embargo, es lamentable su propensión a convertir esos rumores, especulaciones y comentarios en verdades incontrovertibles.

El México presentado por Riding en su libro subtulado *Un retrato de los mexicanos*, es el de la clase media de la Ciudad de México y, más en concreto, el de la clase media intelectual y académica. A través de esos ojos ve al movimiento obrero, a los campesinos, a los subproletarios y, en general, a los habitantes de la provincia. Su visión de Guadalajara, Monterrey, Veracruz, Mérida, Puebla y las ciudades fronterizas del Norte y el Sur no va más allá del folleto turístico, y sus comentarios sobre los grupos indígenas son el producto de una lectura rápida y descuidada de algunos textos de antropología. El crítico Robert S. Leiken, al observar estas deficiencias, calificó este libro, en una reseña publicada recientemente en el *Washington Post*, como "trivial y retrogrado"; Leiken dice: Los verdaderos mexicanos de Riding son una mezcla de estereotipos convencionales y sorprendentemente conservadores. Los típicos mexicanos, según Riding, cuyas expectativas materiales se subordinan a sus aspiraciones espirituales, no tienen ningún interés, en participar en los devaneos de las democracias occidentales (su futuro tiene poco que ver con gobiernos y sistemas políticos), puesto que sus esperanzas son limitadas y sus vidas tienen un ritmo peculiar y ajeno al del mundo actual". Termina su reseña afirmando: "lo anterior no lo dicen Buckley o Gilder o la Embajadora Kirkpatrick sino un supuestamente progresista periodista británico". Con toda razón, Leiken se sorprende ante la actitud del "progresista" Riding, ya que no conoce los puntos de vista de un número importante de empresarios privados y de miembros de la derecha mexicana sobre los problemas políticos y socioeconómicos del País. Estos, junto con los comentarios ver-

bales de algunos miembros del sector académico y del monopolio privado de la televisión, son las fuentes primordiales de Riding.

Los capítulos 16 y 17, dedicados a las relaciones con Estados Unidos de América y a la política internacional seguida por México respecto a Centroamérica, contienen observaciones útiles y acertadas y cumplen, en mínima parte, los propósitos enunciados por Riding en lo que se refiere al público de Estados Unidos. En cambio, en el capítulo 12, titulado *The Family Safety Net*, nuevamente el autor incurre en generalizaciones y en la repetición de la cantilena de la absoluta singularidad de los fenómenos sociales de México. En el tema de la familia se limita a describir los rasgos generales de la llamada "familia patriarcal autoritaria" y, salvo algunos datos de observación de aspectos locales, repite, siguiendo los métodos de la "antipsiquiatría" británica e italiana y los planteamientos de Reich, un panorama que tiene validez en México, pero también, en los países de cultura judeo-cristiana, especialmente los mediterráneos, en las sociedades de origen puritano y en las que conservan remanentes de la moral social victoriana.

El capítulo 18 es el más cargado de los rasgos producidos por la deformación profesional del periodista. El autor adopta un tono dramático, cierra todos los caminos a las soluciones posibles y cancela cualquier forma de esperanza. Incurre, además, en una contradicción sin posible salida al afirmar que "mientras México se vuelve más superficialmente democrático, más occidental, su gobierno es menos representativo de los mexicanos, menos verdaderamente democrático". Esta monumental tontería cancela todas nuestras esperanzas de perfeccionar nuestra vida civil y describe a un país víctima de una especie de maldición mitológica impuesta por la historia. Tal vez la nota de la solapa del libro se haya basado en esta inaceptable especulación al decir que "el pueblo mexicano tiene una enorme fuerza, pero es incapaz de organizarse; es superficialmente anárquico, pero sabe ordenar sus caminos internos; es apasionadamente patriótico, pero propenso a la desesperación en lo que se refiere al futuro de su país". Ante enormidades tales no nos queda más que hundirnos en la más negra de las melancolías y aceptar que nuestra idiosincracia está marcada por misteriosas e ineludibles maldiciones ancestrales. "Los mexicanos, dice Riding, están de acuerdo con su sistema cuando éste reúne todas las peculiaridades del carácter mexicano, con su mezcla de autoritarismo y de paternalismo, de cinismo y de idealismo, de conciliación y de negociación; pero si pierde su originalidad, si pierde su identidad nacional, pierde su camino". Esta afirmación podría ser aceptable y hasta halagadora si antes de hacerla el autor no hubiera incurrido en la tenebrosa descripción de un sistema caduco, totalmente deteriorado, primitivo, corrupto, cínico y carente de cualquier forma de benevolencia y de verdadera bondad. Esta visión maniquea nulifica sus aparentes buenas intenciones finales y reitera su total desconfianza en la recuperación económica del País, en el

perfeccionamiento de sus vías democráticas y en el mejoramiento de sus condiciones sociales.

En lo que se refiere a los capítulos dedicados al análisis de los problemas económicos y comerciales, algunos especialistas en el tema radicados en la Ciudad de Washington son, en su mayoría erróneos y, en el mejor de los casos, obsoletos. No deseo alargar esta reseña abundando más en la materia.

En resumen, el libro de Riding es un producto periodístico bien escrito, atractivo y provisto de un apreciable cúmulo de informaciones y de observaciones hechas a lo largo de su despierta estancia en nuestro país. No es, ni mucho menos "un clásico", ni "el trabajo definitivo sobre los mexicanos". Sus planteamientos coinciden, en buena medida, con las tesis de la derecha empresarial y con los prejuicios y opiniones superficiales tan frecuentes en la literatura anglosajona que se ha ocupado de nuestro país. Por esta razón, uno de los po-

sibles efectos de este libro sea el reforzamiento de los viejos estereotipos sobre México y el apoyo a los que diseminan tesis alarmistas y desesperanzadas sobre el futuro inmediato de nuestro país.

Por último, pienso que un trabajo tan superficial podrá, dadas sus características escandalosas y amarillistas, y su buen estilo, llamar la atención del público lector por un breve período. En cambio, será rechazado por el mundo académico y científico, a pesar de sus cualidades en materia de observación y descripción de algunos aspectos de nuestra realidad sociopolítica. Este rechazo es explicable, pues nada nuevo aporta este superficial, repetitivo, pintoresco y grueso análisis de un país, dueño de una identidad irreductible, pero, al mismo tiempo, partícipe de las leyes que ordenan — o desordenan — el desarrollo sociopolítico, cultural y económico de todas las naciones.

*Hugo Gutiérrez Vega.*